

Mariana Sissia y Martín Pisotti

Laboratorio/Festival

```
— —  
  a  
  |  
  t  
|  a  |  
|  r  |
```

Una gota de agua sobre el papel. A veces transporta un color a su destino, a veces solo surco en el plano casi blanco infinito. Huella siempre. El terreno se distiende y contrae. Al pasearse con o sin mapa, acaricia la superficie saltando de fibra en fibra. Después de un rato siente el cansancio de la fricción constante, cada vez menos de ella se reconoce. Ha ido perdiendo partes por el camino. Cuando todo parece perdido... otra gota se acerca y ofrece su compañía, pueden seguir el viaje juntas. Le cuenta que se cruzó con su rastro mientras vagaba por el blanco y le dio curiosidad. Pasa el tiempo, gota a gota acaban ya este rectángulo. En eso sus investigaciones las vuelven a juntar y separar al mismo tiempo que se convierten en aire. Algunas se interesan por las nubes y los cielos, otras, por los cuerpos que se mueven solos o por objetos de formas raras, por colores verdes, rosas, amarillos y azules.

Color y surco, respectivamente, dejan como evidencia de sus aventuras. Topologías narradas y topologías presentadas; al rato, el papel estriado empieza también a narrar las imperfecciones de un terreno modificado por la acción del agua. Se ennegrecen los valles, nuevos líquidos viajan por cauces marcados aportando imágenes secretas de rocas y piedras.

Después. Un par de ojos miran. Su centro acuoso reconoce, recuerda sus vagabundeos pasados. Ahora los disfruta desde otro punto de vista, desde un fuera de sí misma. Logra existir simultáneamente en todos y cada una de sus experiencias, en sus diferentes estados, desde el comienzo.

Nadie sabe qué ha existido y ha desaparecido irremediamente, en cuántas ocasiones ha comprendido y olvidado el ser humano que su mente, carne, vida y movimiento se componen de la materia de las estrellas, del Sol, de los planetas...*

Y, entonces, sigue su derrotero.

La relación entre la Naturaleza y el vínculo individual con el universo es una de (si no la de más) muy larga data. Mitos y mitologías antiquísimas, religiones, prácticas, ciencias, filosofías, artes... más allá de las organizaciones socio-económicas particulares de cada época, nuestra necesidad de sentido y ser parte de algo más grande que nuestros límites innatos es una constante existencial. Nuestras dificultades al momento de generar un vínculo total con los ciclos y tiempos que nos superan con mucho hace necesario la

fragmentación de la Naturaleza: para rendirle culto, para estudiarla, para admirarla, para tratar de modificarla. Nombramos plantas, animales, dioses, tipos de accidentes geográficos, tratando de aprehender un continuo.

Dejando de lado las palabras, podemos encontrar otras maneras de entrar en ella. Experiencias más corporales que mentales. Existen muchísimas. *Altar* es una invitación a rendir homenaje a lo que somos al sentirnos parte ínfima de lo que somos. Nuestra taxonomía tradicional no funciona aquí, tanto ya, que no estaría de más guardar silencio. No importa si algo “es” hoja, piedra, papel o tijera. Si tal color nos cuenta de un haz de luz sobre un tronco o de un fuego eterno. Si la textura fue hecha de tal o cual manera, si es fotografía o dibujo o acá o allá. Cada vez que reconozcamos algo externo a nosotras, nos convertiremos inmediatamente en ello. Por un momento seremos el agua y la burbuja entre las piedra y el musgo sobre ellas; seremos las montañas que proyectan sus sombras sobre nuestra superficie cristalina que nos refleja como cielo nublado de media tarde mientras iluminamos como flashazo plantas sobre nuestras espaldas cercanas a la cumbre; seremos aire; seremos rayo; seremos tierra, liquen y estalactita de la última glaciación.

Y, entonces, sigue nuestro derrotero.

* D Lessing en *Instrucciones para un descenso al infierno*